
MAHFUD
MASSIS

CIEN AÑOS SOBRE
WALT WHITMAN

CON ternura varonil, recordamos, en estos días de 1955, el centenario de la aparición de "Leaves of Grass", ese movimiento geológico de la poesía en el pasado siglo, y cuyo bizarro autor fuera Walt Whitman, "el buen poeta de los cabellos grises".

"Debería ser echado a patadas de todo lugar decente", había opinado la crítica casposa y piojosa de su tiempo, cuyos representantes actuales, tristes callampas nacidas después de la primera lluvia, viven, con taxativa excepción, como el cangrejo trágico de "Los Cantos de Maldoror", de la sangre y la piel de su víctima.

Whitman encarnó, así, no sólo al precursor de grandes formas literarias, sino también, entre otros, al artista sobre quien pende la maldición de predominantes grupos sociales, pues su cráneo insubmergible se resiste a vivir a la orilla de los abrevaderos y las cloacas oficiales.

Si alguna vez su conducta literaria no se compadeció estrictamente con lo que se supone debió ser su conducta humana, el hecho constituye sólo la defensa natural de quien, consciente de su poderío, desafía a las garrapatas literarias de su época, que poco o nada se distinguen de las que deambulan ante nuestros ojos, y habitan esta corteza austral de la tierra. Armado contra la injusticia, envió notas anónimas exaltando su propia labor poética. No era el anónimo escatológico y cobarde

que el escritor suele recibir del bergante resentido, o emputécido por la frustración; es sólo una expresión vital del gran solitario, un golpe de timón a la opinión pública embellecada y esclavista. En Whitman, toda salida de quicio, no es acaso sino una demostración de desaprensiva vitalidad, perdida por una honestidad fundamental: nunca, ni aún destrozado por la enfermedad que le llevará a la muerte, el inmortal inválido acepta modificar ni siquiera una frase a sus intransigentes creaciones, pues ellas entrañan, no solamente una convicción estética, sino también una acerada conducta literaria y moral.

Pero los sucios tartufos de ayer y de hoy, olvidan que Whitman, aunque fuese un hombre superior, era tan sólo un hombre; todavía discuten las posibles disonancias de su individualidad, cuyo caudal estratégico sobrepuja su mentalidad de aldeanos. No comprenden, esas negras bestias, que la obra de arte y el artista no son dos bolas de cristal sobre las que pueden resbalar dócilmente sus dedos manchados de grasa. No. El genio montañoso de un gran artista está lleno de abruptas sorpresas. El oleaje de la vida golpea con inusitada violencia contra sus acantilados. Si Whitman fué, como él mismo lo preconizara, el poeta de la Personalidad, el Nombrador de las cosas del mundo, su estro estará necesariamente salpicado de toda la contradictoria cuanto dramática materia existencial. Pero lo que escapa a los ojos legañosos de sus detractores, es que el poeta, con todas sus aparentes contradicciones, constituye, en sí mismo, una vasta unidad, que consiguió estructurar funcional, orgánica y estéticamente ese poderoso bloque que intituló, con emotiva modestia, "Briznas de Hierba".

Pocos hombres, a un siglo de distancia, ofrecen, con todo, un ejemplo más vivo de poesía y conducta que este panteísta de hechura excepcional. Cuando se constata la fiereza con que ataca las

fibras movibles del lenguaje, inmovilizándolo, en el ciclo de sus vórtices verbales, su tesón en corregir una y otra vez la obra ya hecha, rehecha y publicada, dan ganas de escupir sobre el esqueleto de tantos "genios" nacionales o internacionales, que echan versos al mundo en una especie de disentería irremediable, y cuya anemia palidecería sobre el pecho magro de Margarita Gautier. Mientras Whitman ataca el poema, cuerpo a cuerpo, centrándolo sobre su razón esencial, hoy, a cien años de distancia, hay quienes tejen desexuadas filigranas, en un puerco afán de parecer "clásicos y ponderados", olvidándose que, en medio de semejantes cabriolas, muestran el trasero astroso y escuálido.

Whitman es, quizá, el más vivo de los poetas muertos. Y está vivo porque no rehusó la feroz responsabilidad de su destino de artista. Incorporó a su naturaleza dionisiaca, el proceso de la gran gesta industrial de los Estados Unidos. Como la incorporó Poe, el ilustre y miserable dipsómano de Boston, en una estupenda contrapartida literaria, aunque en sus relatos espectrales no aparezcan las chimeneas de los industriales americanos. Pero expresó la enorme angustia, que, en su tragedia de soñador alcohólico, significaba no asimilarse al ricio torbellino. Poe nos entrega el **negativo** de una época, al crear, por reflejo, su propia realidad; Whitman nos da su imagen y su retrato. ¿Quién puede asegurar que Poe está muerto? Solamente los ensoberbecidos brutos que hablan de un "realismo" literario, como quien se refiere a una escoba cuyo valor está en relación directa con los servicios que puede prestar de inmediato. ¿Y Apuleyo está muerto?

Siempre la figura señera de un poeta como Whitman nos quema la lengua con preguntas que podrían parecer feroces. Su efigie renueva a diario su singular hechizo. ¿Qué importa si mintió por

necesidad alguna vez, si disimuló otra, si escondió algún indiscutible complejo que nadie pudo nunca probar? ¿No habrá querido Whitman, en última instancia, burlarse de algunos imbéciles? Lo juzgan por algunos versos. Si este juicio fuera válido, la mayoría de los poetas estaría en la cárcel o en el degolladero. Por ello, mi modesto ensayo sobre Whitman, que Fernando Alegría —inteligente investigador del esteta de Long Island— calificara como una exégesis, no ha querido ser otra cosa, sino eso, precisamente, y ha pasado por encima de los detalles necios o pueriles, pues estimo que ellos no son sobre la figura del gran poeta, más que las cáscaras que arrojan sobre el mar los navíos. Eso no lo puede entender, por ejemplo, un muñeco tan obtuso como el denominado Mario Osses, cuya ausencia, en calidad de alarife de la crítica rentada, es una verdadera fiesta para el espíritu.

Si un día se llegara a descubrir que Whitman era lo que algunos perversos desearían que fuese, entonces habrá que bendecir de nuevo al bardo que realizó a despecho de la escoria de su vida un canto extraordinario. No nos sumaremos a los rufianes que especularán a la sombra de su nombre. A un siglo de distancia, sólo su poesía y los hechos nobles de su singular existencia, podrán estremecer el iridio de nuestra pluma.

**LEA: "NERUDA Y YO" de Pablo de Rokha
EL BEST-SELLER DEL AÑO**

POLEMICA Casilla 4542. Stgo.-Chile

Año II-Abril-Mayo-Junio 1955-Nº 15. Precio: \$ 10

Dirigen: **Mahfúd Massís y Julio Tagle**

AGRADECEMOS EL CANJE

Suscripción anual: \$ 120.—; Extranjero: 1 dólar